

***Huellas de amor eterno* o los relatos que se bifurcan**

Por Diego Araujo Sánchez

Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 18 de mayo de 2000

Empiezo por confesar que, con el cambio de título del libro de Raúl Vallejo, experimenté un desconcierto parecido al que pudiera tener si me presentaran, con otro nombre, a un amigo conocido... ¿Por qué eligió el autor *Huellas de amor eterno* si antes había bautizado su obra como *Tratado del amor triste*? Con este último título, obtuvo la obra de Raúl Vallejo, entre 59 trabajos participantes, el Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Pólit, en la vigésima quinta convocatoria del Concurso de Pontificia Universidad Católica.

Aunque entre las 59 obras se podían contar por lo menos cinco de excelente factura, las calidades de *Tratado del amor triste* lo ponían muy por encima de todas ellas, de modo que la decisión del jurado fue unánime. Yo leí los cuentos en la versión aun inédita enviada al Concurso bajo ese título, así que bien puedo preguntar el por qué de la adopción de un segundo nombre.

Se me responderá que el autor tenía todo derecho a poner otro título al libro y, por supuesto, no niego en absoluto esa potestad. Quiero más bien recordar una verdad elemental: si ningún detalle es prescindible en la búsqueda del sentido de un texto narrativo, muchos menos podría serlo el título. Más aún, en este caso, si son dos, lo cual me parece por sí mismo un indicio significativo. ¿Por qué? No por las motivaciones subjetivas del creador para bautizar al libro con otro nombre, motivaciones que pueden ser múltiples, sino por un hecho objetivo: el narrador no omite el primer nombre, sino lo registra en las páginas iniciales al dejar constancia que con el título de *Tratado del amor triste*, su libro recibió el Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Polit; es decir, el nombre inicial forma también parte del conjunto de la obra.

En mi opinión, este doble registro puede ser leído como la primera señal de una estrategia que, con un desarrollo más complejo, es un procedimiento esencial para la configuración del discurso narrativo. Intentaré describir, primero, esa estrategia narrativa y sus modalidades, que operan como hilos conductores de *Huellas de amor eterno* o *Tratado del amor triste*. Destacaré, al mismo tiempo, otras funciones de estos recursos: servir como una suerte de juego de espejos para ampliar la ilusión del mundo narrativo, reiterar el sentido de los relatos o desarrollar las diversas historias en contrapunto. Finalmente, procuraré que esta descripción me lleve a los motivos centrales de los relatos de Raúl Vallejo y, con algunas otras anotaciones complementarias sobre la naturaleza del discurso, me permita regresar al punto de partida, el doble título por cuyo sentido he preguntado al iniciar la lectura de *Huellas de amor eterno*. Repito algo ya dicho: la adopción del segundo y definitivo título de la obra no suprimió el primero: antes bien, la bifurcación permite, casi al margen, incorporar una imagen nueva. ¿Conserva ésta algún reflejo de la anterior, la refuerza o duplica? ¿Qué relación tienen los dos nombres con los motivos centrales de los cuentos, con el sentido de la obra?

Antes de intentar una respuesta a esto último, analizaré otras modalidades, desde las menos hasta las más complejas, del mismo procedimiento que duplica imágenes, las refracta, compone un juego de espejos del sentido de los relatos y del conjunto del libro.

La obra se abre con tres epígrafes. Parece más pertinente asociar a cada uno de ellos con cada uno de las tres narraciones que componen el libro: la *jarcha* anónima del siglo XI calza mejor con “Hombre azorado al punto de llanto”, el primer cuento; la cita de las *Penas del joven Werther*, la novela de Goethe, viene como anillo al dedo para el segundo cuento “Los viudos de Gloria Vidal (biografía no autorizada)” y el fragmento del poema de Konstantino Kavafis es el epígrafe ideal para el tercer texto, la *nouvelle* “Astrología para debutantes”.

Pero, al mismo tiempo, cada uno de los tres relatos viene precedido, a la vez, por sus propios epígrafes: el primero, por un fragmento de la letra del pasillo *Como si fuera un niño*, que se repite en la experiencia narrada por el adolescente protagonista. El segundo relato adopta una ingeniosa variante, al incorporar una adulteración intencional en las tres dispares citas. En el dístico de “Le regret d'Heraclite”, de Jorge Luis Borges, “Yo que tanto hombres he sido, no he sido nunca / Aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach”, Gloria Vidal, personaje central de ese texto, sustituye a la Matilde Urbach de la confesión borgiana de amor inasible; “Gloria se convierte también en la mujer de siempre de la canción del Billy Joel y, sin ser actriz, desplaza en los afectos icnográficos a la Sullavan de Mario Benedetti” (p.34), según confiesa, ya dentro del mismo relato, el narrador, escritor también él y uno de los cuatro viudos de Gloria Vidal. Finalmente, en “Astrología para debutantes”, las dos citas con que se abre el relato, la de Alfonso X el Sabio (“Porque las sciencia de la astrología es cosa que non se puede averiguar sinon por rectificamientos...”) y el texto de Marguerite Yourcenar, en el cual reconoce Adriano que no había amado lo bastante a Antinoo para obligar al jovencito a que viviera, nos introducen en dos vertientes temáticas centrales del relato y operan como su primer reflejo.

En otro nivel, pero con una función parecida al juego de epígrafes, opera otro recurso, un relato que enmarca a los demás. El libro *Huellas de amor eterno* comienza y concluye con dos páginas que se conectan entre sí, “*Ars amatoria*” y “Envío de corazón extraviado”. Esta doble página, que tiene una fuerte tesitura poética, cumple el papel de la narración – marco de un libro de cuentos. Los tres relatos que trae *Huellas de amor eterno* —de 14 páginas el primero; de 30, el segundo y de 78 el tercero— pueden leerse de una forma autónoma, independiente. Pero Raúl Vallejo los integra en el libro; su intención de presentarlos como un todo se refleja en esa historia que enmarca los tres relatos: Persona Amada confiesa a Amor Mío que tiene hecho el corazón como una bola de nudos. Este último “toma entre sus dedos uno de los flecos de aquel amasijo de hilos y empieza, pacientemente, a desenrollar la madeja”. Los hilos que desenrolla le sirven para tejer una historia y desatar así el corazón de Persona Amada. Pero, ahora, el corazón de Amor Mío es una bola de nudos y recibe, al final, cuando ha concluido el libro, el envío de un corazón extraviado, que es el de la Persona Amada. Así se cierra el círculo del eterno retorno del amor como una serpiente que se muerde la cola. Las historias – marco son un viejo recurso de los cuentos de tradición oral, que permite la multiplicación de los relatos, el cuento dentro del cuento. Esa misma función cumple la doble página que abre y cierra el libro de Raúl Vallejo.

Este discurso bipolar, doble, que mete a un relato dentro del otro o, como un juego de espejos, los refleja, crea un espacio de duplicación o de contraste, tiene otras variantes más complejas. En “Hombre azorado, con palabras a punto de llanto”, el discurso se sostiene en dos desarrollos paralelo. El protagonista, que narra en primera persona y se dirige a un interlocutor plural, a un ustedes, evoca su experiencia de adolescente cuando, va conducido por el padre a un prostíbulo, como res rumbo al matadero; allí vence la timidez, el miedo, la vergüenza no por medio del acto sexual, que equivale a hacerse hombre en la sórdida expectativa paterna, sino por la comunicación del alma desamparada de un niño de 15 años y otra alma, más desamparada aun, la de Débora, la generosa prostituta, con quien entabla un diálogo que jamás tendría el joven con sus padres.

Esta primera historia alterna con otro desarrollo del discurso desde el cual el narrador expresa su deslumbramiento por las palabras y por la capacidad que tienen para aproximarnos a las personas y dar permanencia a la realidad evanescente; asume también, de esa forma, su incipiente vocación de escritor. La acción narrativa se detiene y avanza con los comentarios de una o varias palabras claves que salen del propio narrador.

El sentido trágico del relato se refleja, como en un espejo cóncavo, en una realidad esperpéntica o en la ironía verbal. Cuando Débora se acuesta, el adolescente le habla de todo, le dice desde que se halla hartos de su propia voz repleta de sonidos desentonados y a destiempo o le confiesa que fuma a escondidas o cómo salta las olas y hasta le recita un poema. Después, en su turno, la mujer “habla como si hubiese estado callada durante toda su vida” y, confiesa, entonces, el narrador:

Yo fui una oreja de este tamaño para escuchar aquello que me contó y que jamás les comentare. Después de todo, este es mi gesto de reciprocidad al gesto que Débora tuvo conmigo aquella noche. Reciprocidad es cuando dos solitarios descubren la ternura. Sin que intente ser un chiste agrio que tengan que aguantar porque ya no les queda más, puesto que ya están al final de esta historia y se sabe que preso por mil, preso por mil quinientos y toda esa vaina, puedo decir que en el lecho de Débora aprendí todo lo relacionado con el sexo oral. O sea, todo lo que tiene que ver con llenar de palabras una cama cuando dos cuerpos desnudos se abrazan pero no quieren saber nada de copular. (pp. 26, 27).

Observo, de paso, que la voz del yo protagonista acerca la escritura al ritmo y las formas del lenguaje oral, como otra modalidad de bifurcación en el sistema expresivo del libro.

El segundo cuento, “Los viudos de Gloria Vidal”, se construye con una historia que se divide en otras: la primera, en las sucesivas experiencias de Marcos, el político fracasado; Jorge, el hombre de negocios de éxito y de Adolfo, con su convicción de que el mundo gira en torno de él y, la segunda, a lo largo de todas ellas, en la historia implícita del narrador testigo pero, a la par, protagonista herido por el amor hacia Gloria Vidal.

Todos se hallaban enamorados de Gloria, en la cual se reflejan, con sus propias variantes, ciertos rasgos de Madame Bovary, la Maga y de Lolita; pero cuando conocen que ella se había casado, entre todos deciden matarla “porque era preferible ser sus viudos antes que ser sus abandonados” (p.33).

La muchacha, un divorcio, dos hijos, ayuda a reconstruir al narrador las diversas historias: las de cada una de sus amigos, a partir de sendos encuentros en Guayaquil,

Quito y Cuenca, tres espacios definidos, con trazos breves y certeros; la del propio narrador, se desarrolla en el espacio interior, indefinido y vasto, el de su vocación de solitario para quien la eternidad del amor ni siquiera es la fugaz posesión que experimentan los otros, sino la permanencia de la falta de amor por su recuerdo obsesivo.

El relato, sin embargo, tiene otras ampliaciones que se reflejan en un discurso también dual: el primero cuenta la historia de cada uno de los enamorados en su relación con Gloria; pero el narrador escribe simultáneamente una novela, cuyos fragmentos a lo largo del discurso tienen la función del espejo, de relato dentro del relato. Otro segmento del discurso asume una forma de presentación dramática, que es también otra forma de reflejo.

Una modalidad distinta de este juego de bifurcaciones o relatos multiplicados es la presentación del personaje como un ser de carne y hueso y como un ser de ficción. El texto comienza por establecer las aproximaciones y distancias entre verdad vivida y las mentirosas verdades de la literatura o, para ser más fiel a las palabras del narrador, “entre aquello que se cuenta a través de las palabras y aquello que nos duele o nos alegra a través de la piel abierta a la savia incandescente de la aventura vital...” (pp. 34 y 35)

El narrador termina por constatar que ni sus compañeros ni él serán viudos de Gloria ni abandonados por ella porque, según confiesa al cerrar la historia, “aunque ella, a su modo, nos amó a todos, ninguno de nosotros, nunca, supo desentrañar los signos de su corazón cifrado” (p. 56). La duplicación con la terminación en mente del adverbio ahonda la perdurabilidad del nunca.

Al sentido de los cuentos de Raúl Vallejo define, de un modo exacto, el primer título del libro *Tratado del amor triste*. Porque en ellos se registra la crónica de amores imposibles. Parecería que la condición de la posesión amorosa fuera la fugacidad, el brillo de la llama intensa que quema y que no puede, por su propia naturaleza, perdurar. En realidad, los seres que pueblan este mundo narrativo no escapan de su condición primera de soledad. Entonces, ¿por qué el título de *Huellas de amor eterno*? Porque señala el otro lado del espejo de la triste condición humana. Lo perdurable es el vacío, la ausencia, la falta del amor o solo el recuerdo del amor que se consume en la relación fugaz. La eternidad es también la memoria de las palabras, de la literatura, gracias a las cuales se fijan las realidades transitorias y evanescentes. Entre los dos extremos, en el desencantado mundo de soledades que refleja la obra, permanece la sabiduría de Débora, la prostituta, en el aprendizaje del adolescente del “Hombre azorado, con palabras a punto de llanto”: “No importa la alegría ni la desdicha. Lo que importa es entregar una parte de nuestra vida a la persona que amamos” (p. 24).

El relato más audaz, más extenso e intenso del libro, “Astrología para debutantes”, se construye, también, con el discurso dual: primero cuando incorpora al relato y ajusta a las necesidades de la narración el sentido de fragmentos de las letras de pasillos y el discurso de la astrología: Estos son las primeras y constantes bifurcaciones del texto narrativo.

Pero también el flujo la conciencia del narrador se escinde y, en los textos con letra cursiva, se registran, como en un íntimo espejo, el pensamiento más profundo o los sentimientos de los personajes en un determinado momento.

Sin embargo, la escisión medular de este relato se produce en la duplicación del protagonista: Rosendo Pérez y el Profesor Wizard son un personaje doble y único. Esta bifurcación crea para el lector algunas dificultades, cuya superación exige una lectura activa. No estamos, ¡qué duda cabe!, ante un relato *light*.

Pero hay otro espejo más hondo, en el plano semántico, que tiene relación ya no con el motivo del doble mundo que se refleja e interfiere uno al otro, el de los astros y el de las pasiones terrenales, sino con el otro motivo del relato, el amor homosexual. Me parece esta la forma más compleja de la dualidad, del juego de espejos que devuelven el reflejo de una misma identidad y de ampliación de la ilusión creada por las palabras. Rosendo, el Profesor Wizard y Manuel participan de un desesperado intercambio de ilusiones y viven una suerte de fatalidad que les lleva a reflejarse en el fugaz deslumbramiento del amor recíproco.

Este es un relato construido con sabiduría, audacia y amplia y humana mirada. No conozco un tratamiento tan intenso, tan hondo, tan conmovedor y angustiado del amor homosexual en la literatura ecuatoriana como el de esta *nouvelle* de Raúl Vallejo.

Desde Edgar Allan Poe se atribuye como un atributo básico del cuento el efecto de intensidad. Los grandes maestros del género han hallado imágenes para definirla. Horacio Quiroga asociaba el cuento con la flecha que se dispara desde un arco tenso y va sin desvío alguno hacia el blanco. Julio Cortázar observa que el cuento vence al lector por *knock-out* en tanto la novela lo gana por puntos. Parecería como cualidad esencial de los cuentos memorables esa impresión de súbito, repentino deslumbramiento, como la luz de flash que, en un breve tiempo, ilumina y recorta el universo vasto de una fotografía.

Me parece que este es un atributo evidente del libro de Raúl Vallejo, y sobre todo de su más largo relato a medio camino entre el cuento largo y la novela corta.

El trayecto que hasta aquí hemos recorrido nos vuelve al *Tratado de amor triste* y su reflejo especular en las *Huellas de amor eterno*. La experiencia del Profesor Wizard, su familiaridad con los astros, le permiten resumir su certeza: "...entienda que al ser amado no se lo posee más que por instantes fugaces y que el extrañarlo es precisamente lo que hace que viva por siempre en lo profundo del corazón de cada uno de nosotros". Es decir, esta es la ilusión de permanencia y lo es también, con la materia frágil de las palabras, la de la creación literaria.

Finalmente, los relatos que se bifurcan y multiplican confluyen en un libro de notable calidad poética, que hoy ve la luz bajo el sello de editorial Planeta y la tradicional exigencia del Concurso Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Pólit. Raúl Vallejo, su autor, se ha reflejado también antes en otros libros como *Máscaras para un concierto de la tarde*, *Solo de palabras*, *Fiesta de solitarios* y *Acoso textual*. Hay un largo y consistente trabajo precedente. Sus *Huellas de amor eterno* confirman una trayectoria narrativa perdurable en la historia del relato ecuatoriano.